

personas quedaron sin hogar. Y en 1970, en Bangladesh, el huracán mató a medio millón de personas.

—¡Uf! Entonces son peligrosísimos —concluyó Fractal—
Y agregó: ¿A la ciencia hoy en día no le es posible predecir los huracanes?

—Los meteorólogos, lo que sí pueden hacer es determinar la trayectoria de los huracanes. Esto permite a la gente tomar las medidas necesarias para protegerse o evacuar las zonas que pueden ser afectadas...

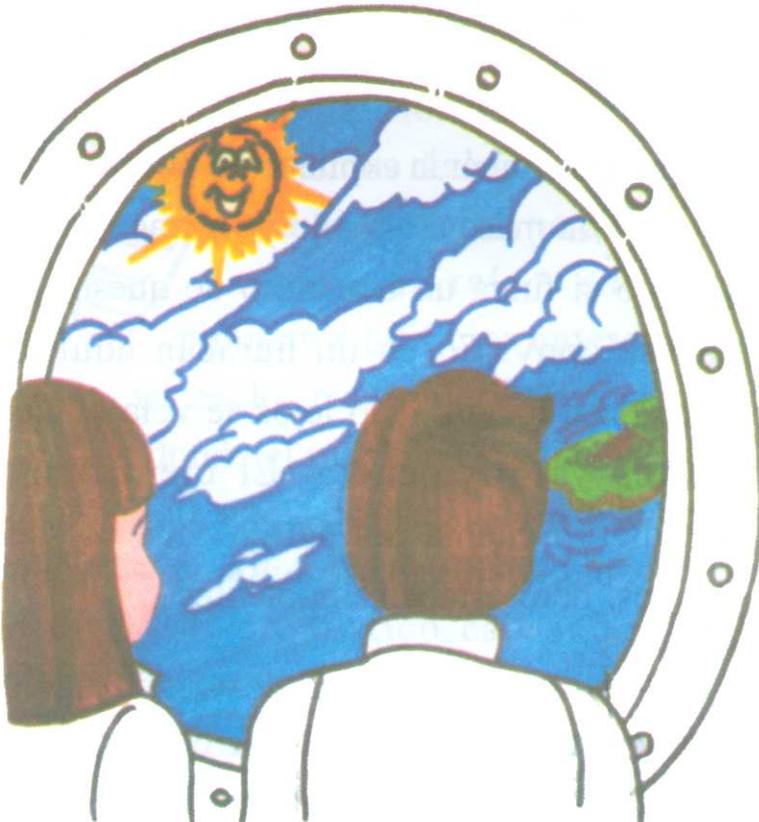
Rodio no pudo terminar la explicación porque Tifoneto aumentó todavía más su tamaño y se tragó la tromba marina como si fuera un bocadillo de queso. En ese momento se convirtió en un huracán adulto, que amenazaba destrucción. A lo lejos se veía el cielo de San Andrés y Providencia. El científico y la científica dieron cuenta del peligro que corrían los archipiélagos, pero estaban impotentes.

—¡Fractal, tenemos que actuar con rapidez! ¡Tifoneto enfiló sus vientos hacia el litoral de San Andrés!
—exclamó Rodio con tono de preocupación.

Pero antes de que Rodio terminara de expresar su angustia, de pronto apareció el cielo azul y el Sol volvió a brillar. Era como si el huracán se hubiera evaporado.

—¡Mira, Rodio... Tifoneto se fue! Ahora todo se ve en calma. Ya no debemos preocuparnos —dijo Fractal, maravillada por el panorama que se extendía frente a sus ojos.

—No creas, amiga. Esta aparente calma que tú ves en estos momentos, donde hasta el Sol ha salido, es lo



que se llama el ojo del huracán. Ahora mismo estamos en esa zona y, como ves, aparentemente, todo ha vuelto a la normalidad; pero esta situación engañosa no dura más que unos minutos, máximo una hora. Luego el viento reanuda su actividad con mayor fuerza soplando en dirección contraria –aclaró Rodio.

–Bueno, ¿y qué vamos a hacer? Aquí encerrados en este batiscafo no podemos ayudar en nada –dijo Fractal con tono pesimista.

–¡Claro que sí, Fractal! –animó Rodio y agregó: –Tú construiste este aparato y debes conocerlo palmo a palmo. Piensa en una forma de enviar un SOS al Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres, a fin de que ellos enteren a la población sobre la presencia de Tifoneto. De esta forma podrán tomar las medidas preventivas.

Fractal, animada por las palabras de su compañero, echó mano de su saber científico y pronto conectó un potente transmisor radial que había en el batiscafo. Sin pérdida de tiempo, lanzó al aire ondas radiales. Al otro lado del mar, el operador captó las señales, pero al hombre se le hizo imposible la presencia de huracanes en una época del año que no era temporada de vientos.

–¿Qué hacemos, Rodio? El operador de radio del servicio de emergencia no cree el cuento de Tifoneto.

–El problema es que no disponemos de tiempo para convencer a nadie, y menos por radio. Nos toca actuar por nuestra cuenta –respondió Rodio.

Por un momento, los dos científicos se quedaron observando el ojo del huracán a través del vidrio. Era tan engañoso como un espejismo en pleno desierto.

–¡Ya está!... ¡Lo tengo!... –exclamó de súbito Fractal.



–¿Qué se te ha ocurrido? –preguntó Rodio con ansiedad.

–Escucha, Rodio. Este batiscafo está equipado con una poderosa hélice de propulsión. Los vientos de Tifoneto giran en la dirección de las manecillas del reloj. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, Fractal. Pero, ¿en qué consiste tu plan?

–La estrategia consiste en hacer girar el batiscafo en dirección contraria a los vientos de Tifoneto. Esto crearía una dinámica de acción y reacción que, de acuerdo con la ley de Newton, neutralizaría la fuerza del huracán en un campo de fuerzas vectoriales opuestas...

–¡No más explicaciones, Fractal! Ya te entendí. ¡Procede rápido! ¡Disponemos de poco tiempo!

El científico y la científica tomaron posiciones frente al tablero de comandos de la máquina y se dieron a mover palancas y a oprimir botones. El batiscafo comenzó a girar como un trompo en sentido contrario a la dirección de los vientos de Tifoneto. La potente hélice de la máquina alcanzó su máximo punto de aceleración en medio de una estridencia espantosa. Entonces sucedió lo que Fractal había calculado. Poco

a poco el huracán comenzó a perder fuerza y sus vientos se debilitaron, fue cuando el batiscafo saltó disparado por los aires.

La bola de cristal, por varios minutos, cruzó silenciosamente el cielo azul de la isla bajo la mirada atónita de los turistas que con sus binoculares observaron cómo el extraño aparato se acercaba velozmente a las playas.

De un momento a otro, la máquina perdió el impulso que traía y se vino en picada contra una montaña de tierra que una veintena de niños había apilado con sus baldes. Los chiquillos estaban en la tarea de construir el castillo de arena más alto del mundo. Querían romper el récord que tenía Canadá cuando en 1993 levantaron un castillo de 6.56 metros de alto.

Los muchachos, cuando vieron que la misteriosa nave sin alas se les caía encima, se asustaron y salieron corriendo en todas las direcciones. Luego comenzaron a gritar:

—¡Cayó un ovni!... ¡Cayó un ovni!... ¡Cayó un ovni!...

Antes de que Rodio y Fractal alcanzaran a salir del batiscafo y se repusieran del golpe, medio millar de

turistas, con sus cámaras fotográficas y filmadoras de video, rodearon la nave de cristal.

Rodio abrazó a Fractal y en tono de broma dijo: –Mira, amiga, ahora debes alistarte porque tu batiscafo llegará a ser más famoso que el mismo Nautilus de Julio Verne.

El inventor y la investigadora soltaron una estruendosa carcajada que los turistas interpretaron como ininteligibles sonidos extraterrestres.

FIN



TIFONETO

DRAGÓN DE VIENTO



Alfonso Lobo Amaya

Ocaña, Norte de Santander, 1946

Premio Nacional de Literatura Infantil
con la obra *La tortuga desdentada*.

En el VII Concurso ENKA de Literatura
Infantil fue premiada su novela
La Montaña de los Cristales.

El autor está dedicado a escribir
literatura infantil y en su producción
literaria de más de veinte títulos,
hace énfasis en los valores humanos,
los valores espirituales y el respeto
por el medio ambiente.

Contacto con el autor:

lobitoamaya@hotmail.com